

FOL 24899
37.014.2
1

PROYECTO 1

MEJORAMIENTO
DE LA CALIDAD
DE LA EDUCACIÓN

“La escuela
de la villa...
yo la quiero”

PROGRAMA I

Silvia S. Solla

MEJOR EDUCACIÓN
PARA TODOS

PLAN SOCIAL EDUCATIVO

EXPERIENCIAS

ACCIONES
COMPENSATORIAS
EN EDUCACIÓN

Por una Escuela
para Todos



PRESIDENCIA DE LA NACIÓN
Ministerio de Cultura y Educación de la Nación

"LA ESCUELA DE LA VILLA... YO LA QUIERO"*

Silvia Susana Solla

INV
024829
FOLL
SIG
37.014.2

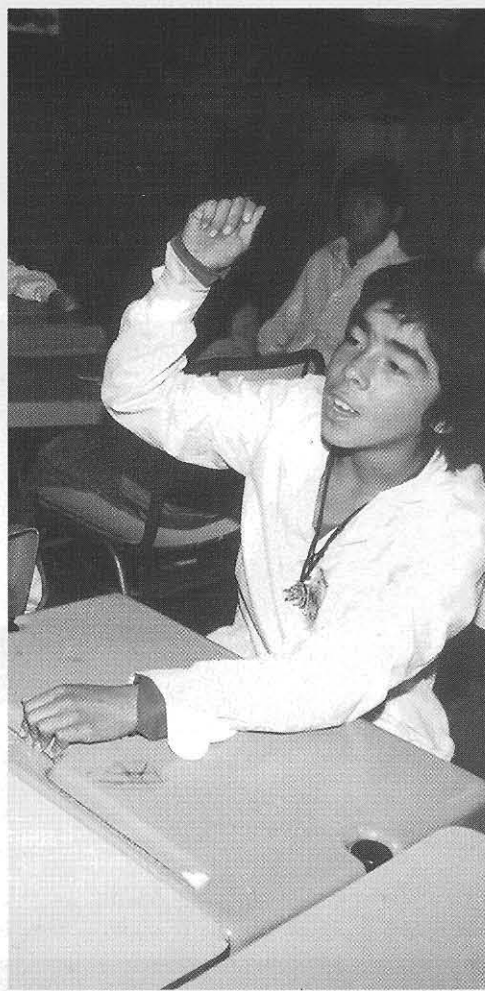
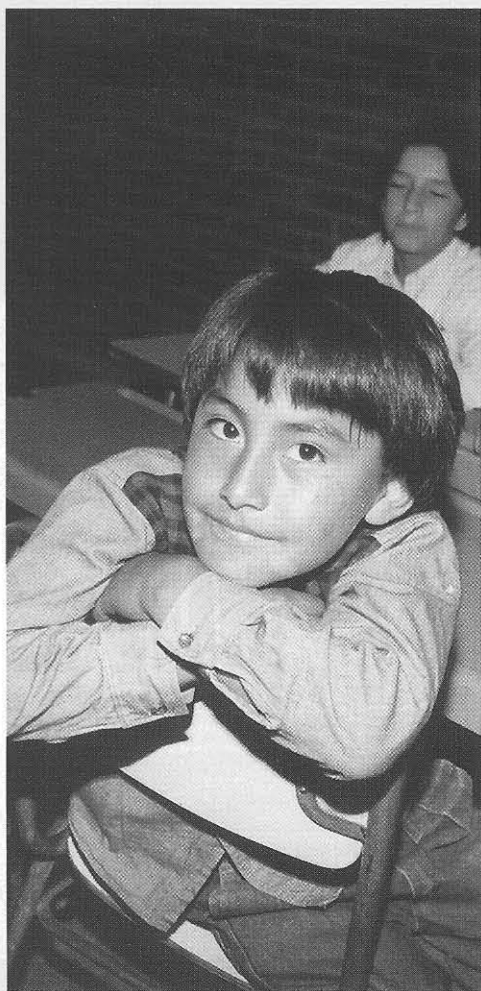


Trabajo como maestra de primer grado en la Escuela N°25 del Distrito Escolar 1°, de Retiro: el barrio de la estación terminal de micros, los ferrocarriles, los rascacielos, los hoteles, la plaza San Martín con la réplica de la Torre de los Ingleses con su majestuoso reloj, y con las placas recordatorias de los caídos en las islas Malvinas. Más allá, los barcos, el río, las grandes avenidas y allí cerca, la "villa miseria", con poblaciones venidas de las provincias y de los países limítrofes: Bolivia, Paraguay, Chile, Uruguay (en su mayoría).

Mis alumnos, procedentes de esa villa, además de venir a la escuela, son los que abren también la puerta de los autos, los que piden en los subtes; son los que comen a veces, los que reciben y dan golpes, los que callan cuando sufren "porque hay que apechugar, señorita", porque, si se quejan... ¿quién los escucha?

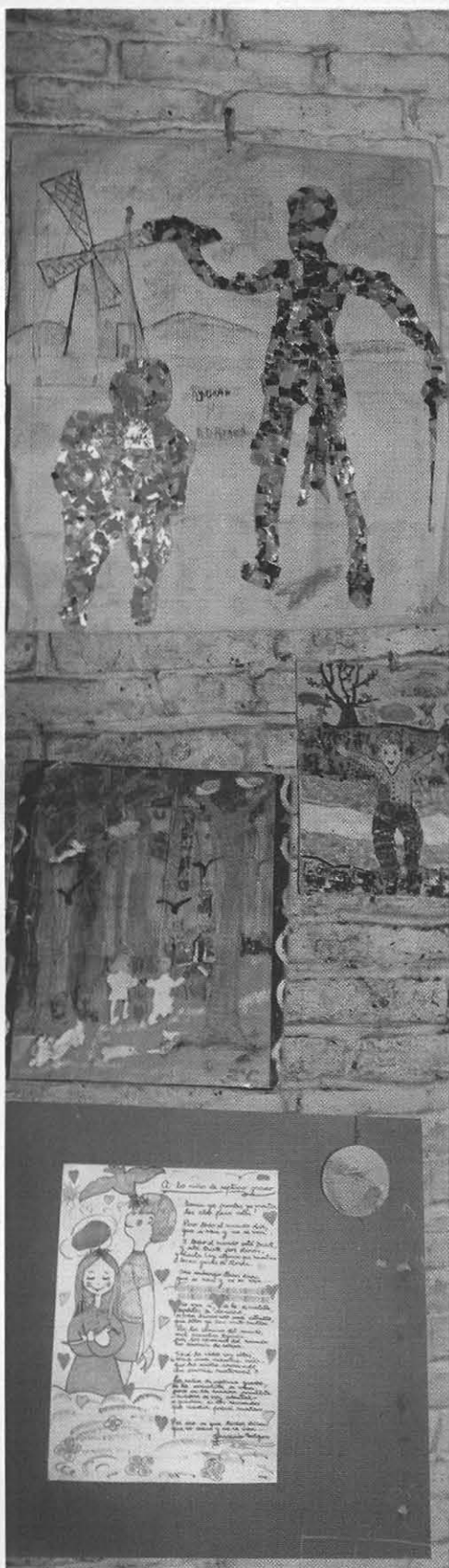
Recuerdo cómo empecé en 1991, con un primer grado formado por veintiséis chicos.

* Del Libro "Maestra, ¿Usted... de qué trabaja?" Editorial Paidós.



Todo me resultaba difícil. La mitad de la clase no había hecho el preescolar, otros eran repetidores. Gran cantidad de niños, que deberían ser atendidos en sus necesidades fundamentales, pertenecían a familias golpeadas por la violencia, el alcoholismo, la desocupación, el abandono; traían a clase agresividad, dispersión, desnutrición, descuido, falta de interés, ausentismo, problemas de comunicación, falta de buen descanso, cansancio. Muchos de ellos cuidan a sus hermanos pequeños durante la noche; mientras uno de sus padres trabaja; también realizan las tareas de limpieza y cocinan para otros hermanos menores.

No podía ni sabía cómo atender a cada uno. Los profesionales del Equipo de Orientación Escolar, los asistentes sociales, los médicos, los psicólogos, los pediatras, sólo podían contener parcialmente los casos de violencia o abandono. Todo era lento. Se citaba a los padres y no acudían. Algunos se presentaban cuando terminaba el año para retirar el boletín, otros golpeaban a sus hijos porque creían que se habían portado mal.



Algunos chicos estaban ávidos de aprender, otros no se adaptaban a las normas de una escuela: no volvían de los recreos. No podían quedarse sentados para trabajar o se escondían en los patios grandes, -donde hacían deportes-, en los baños, en los rincones difíciles de localizar, hasta que se los encontraba, se charlaba con ellos, y volvían al grado de nuestra mano, a regañadientes, para volver a empezar.

Comencé a trabajar con la maestra recuperadora asignada a la escuela, para 1º y 2º grado. Elena colaboraba en 1º por la mañana. Su tarea era de apoyo individual personalizado a los chicos, a falta de cumplimiento de etapas previas. Trataba de estructurar esas etapas anteriores para pasar a otro nivel. ¡Qué ayuda tenía! Entre las dos, las cosas empezaron a tener forma y proyecto. Pero a menudo los problemas nos sobrepasaban.

Un día comenté que me gustaba mucho dibujar. Pedí una cartulina, esboqué un paisaje con montañas, pájaros, cielo, casitas y allí comenzó la idea. Los niños se interesaban en el dibujo, entonces les sugerí hacer un **collage** con los elementos disponibles: papeles, colores, diarios. Les comenté que me gustaría decorar la escuela ávida de colores y dibujos. Con su repuesta entusiasta comenzamos "El rincón de los murales".

Forramos acrílicos de viejas ventanas en desuso, con varios papeles de colores y empezamos a pintar el paisaje, dibujado primero por mí, en el que ellos agregaron sus ideas.



Para el Día de las Américas, luego de una charla acerca de su significado con comentarios de sus propias vivencias, dibujaron muchos niños tomados de la mano, de todas las razas, con un fondo de montañas, pájaros y banderas. Daban un mensaje de paz y amor, y por eso **"AMOR"** fue la primera palabra que quisieron escribir. Nos ayudaban los alumnos de otras clases que venían de vez en cuando a la nuestra cuando su maestra faltaba o en alguna hora libre. A veces oía decir a otras personas: *"No vas a poder hacer murales"*, *"No tenés materiales"*, *"No hay dinero suficiente, ni elementos"*. No, no, no...

Yo pensaba que todo se puede intentar si se sabe aprovechar lo que nos rodea y nuestra imaginación. Estos niños saben muy bien, por el medio donde se desarrollan, que todos debemos aprender a vivir con lo que contamos, aprovechándolo de la mejor manera.

Iban trayendo envoltorios de alfajores, cartulinas, recortes que sobraban de otros trabajos en papel glacé, papeles de revistas en colores, servilletas, plasticolas de colores. Los guardábamos en una caja y eran cada vez más los alumnos que traían elementos para sus murales.

Durante la noche funcionaba una escuela de adultos en el establecimiento y, a veces, por la mañana aparecían nuestros trabajos rotos o escritos. Esto nos desanimaba...

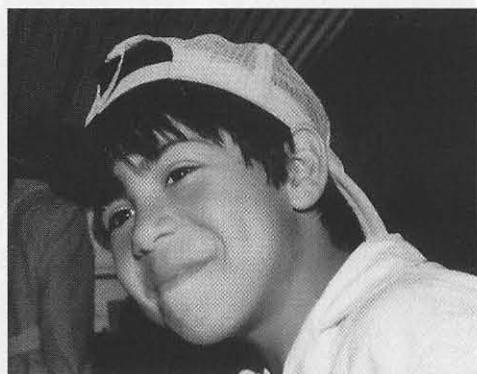
Pero... yo proponía repararlos para demostrar a todos que íbamos a seguir construyendo. Poco a poco se fueron respetando los murales, tal vez influyó que los alumnos de la noche veían rehecho lo que habían tratado de destruir.

Los chicos más violentos e inquietos empezaron a colaborar, a sentirse útiles, y abandonaron lentamente su forma habitual de dejar la clase porque les interesaba el trabajo en común. Uno de ellos, Claudio, tenía una actitud extraña: quería golpear la cabeza de sus compañeros de juego contra el suelo. En clase sólo hacía dibujos repetidos, llenaba su cuaderno en una mañana, sonreía de una manera rara, con nerviosismo; iba pocas veces a la escuela, sus padres lo hacían trabajar: abrir puertas de autos para ganar una propina o vender golosinas en la calle. Pero con los murales, Claudio trabajaba sereno y lleno de ideas, demostrando sus destrezas, que eran increíbles.

La clase comenzaba a tener más proyectos; entonces decidí hablarles de mi libro de lectura llamado *Micho* (Editorial Bruño, Madrid), en el que una familia de gatos le contaría historias y los ayudaría a leer, como lo había hecho con mi hija Gabriela. Les expliqué que le había puesto a mi gato el nombre de Micho, recordando el libro.

Las pequeñas historias giran alrededor de tres gatos, y a partir de sus aventuras y sueños aparecen los distintos fonemas que componen el abecedario.





Hay una correlación entre dibujo, letra estudiada y aventura o cuento. Se cambian los colores y los movimientos, según los diferentes sonidos.

La letra elegida en el libro es cursiva y cada cuento presenta una imagen fácil de recordar.

Con *Micho*, hasta los más rebeldes se interesaron. Se ponían alrededor de mí cuando contábamos el cuento. Lo dramatizábamos, hacíamos dibujos, movimientos, modelado de palabras, láminas, murales sobre su contenido, y cada letra aprendida era una **FIESTA**.

Íbamos con lentitud con respecto a otras escuelas, debido al ausentismo y a los días de lluvia en los que los chicos no podían concurrir porque su barrio estaba inundado o por no tener calzado adecuado.

Y surgió la necesidad de leer, de entender los mensajes que nos rodeaban y también de escribir, de producir mensajes ellos mismos.

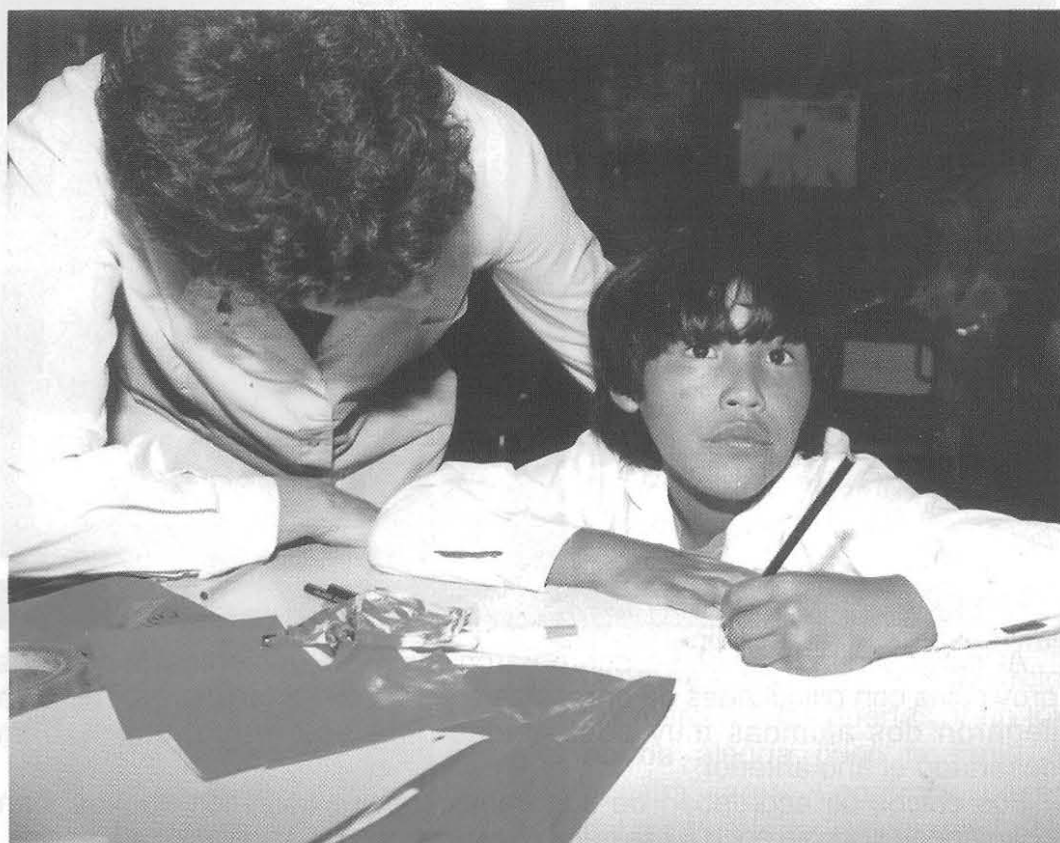
No tuve mucha colaboración de los padres salvo una madre que notó un gran cambio en Bruno, su hijo, que empezaba a leer, y con quien repasaba lo aprendido en el día mientras volvía a casa en tren; y algunos más, que animaban a sus hijos a seguir aprendiendo.

Otras decían: *"Si mi hijo no aprende a leer, lo mando a trabajar. Yo no puedo ayudarlo en casa, trabajo también sábados y domingos"* o *"El padrastro le pega si me ve que soy afectuosa con él, tiene celos"*.

La convivencia en clase fue mejorando; ellos sabían que yo intentaba escucharlos y comprenderlos.

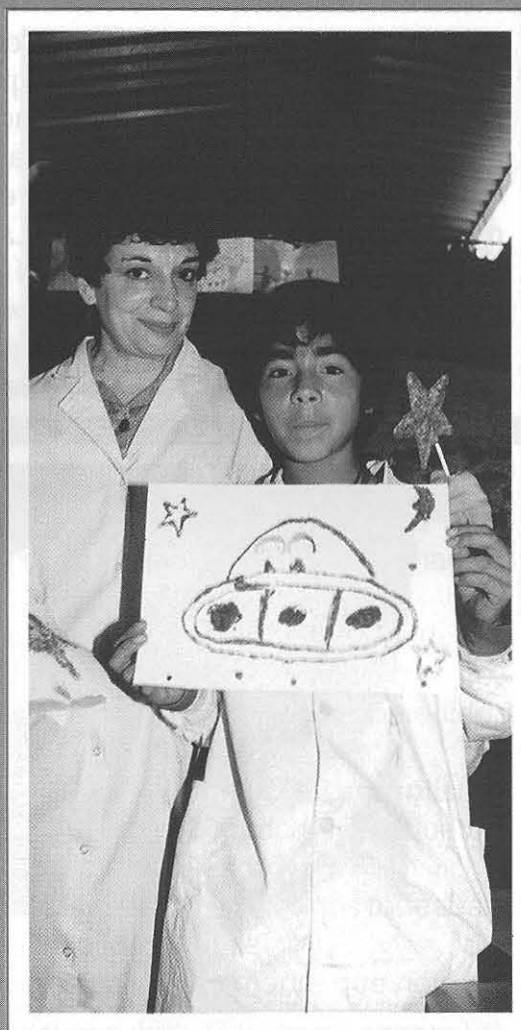
La mitad de la clase ya leía en octubre eso entusiasmaba al resto de sus compañeros, que se sentían motivados para hacerlo. En cuanto a la escritura, pasaron a segundo grado dos alumnos que habían alcanzado el nivel alfabético y ya conocían consonantes y sílabas; trece con un nivel silábico-alfabético inicial, construían sílabas, les faltaban letras, pero conocían consonantes y vocales. Otros seis alumnos, se ubicaban en la etapa silábica estricta. Y tres alumnos estaban en el proceso presilábico, en el que se conocen las vocales, y empezaban a construir sílabas. Estos últimos habían manifestado un evidente adelanto en pocos meses y se les debía dar la posibilidad de alcanzar a los demás en el año siguiente. Dos alumnos repitieron por reiterado ausentismo a clase. Y así terminó el año.

En febrero de 1992 me presenté en el Distrito Escolar para elegir un nuevo cargo como maestra suplente, ya que había cesado en la Escuela N°25 por presentación de la titular. En un momento sólo quedamos tres aspirantes, con diferentes puntajes: el mío era el más bajo. Un empleado me informó que la Escuela N° 25 podía ser elegida entre otras dos. Las maestras preguntaron "¿Cuál es la 25?". "La escuela de la villa", fue la respuesta. Eligieron los otros dos cargos y así pude volver a la escuela que quería. No les podía fallar a mis chicos. Tuve deseos de correr hasta la villa para explicarles que volvería con ellos, pero esperé al primer día de clase. ¡Qué sorpresa cuando vieron que su nueva maestra era otra vez Silvia!



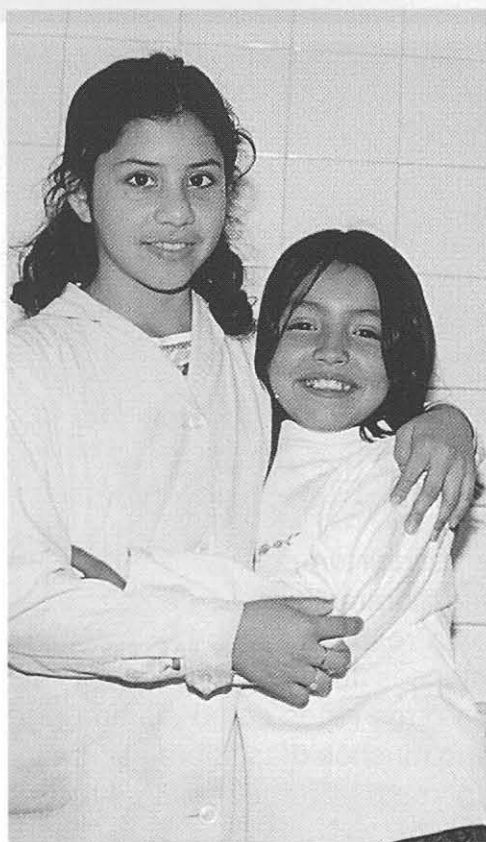
Me costaba mucho no inmiscuirme en sus graves problemas personales, sociales, debido a mi lugar como docente. Ellos viven una realidad difícil, dramática, y me lo cuentan, los escucho, los comprendo, trato a veces de llevar mis informes, pidiendo ayuda, a los psicólogos del Hospital Fernández, que atienden en una salita en el mismo edificio escolar, o los envío a la sala de auxilio cercana a la villa, o al Equipo de Orientación Escolar que acude a la escuela una vez a la semana.

En la escuela debo enseñarles, tratar de que conozcan otras cosas, ampliar su conocimiento del mundo, que vean mas allá de lo que los rodea.



Al iniciar segundo grado se incorporaron chicos provenientes de distintas provincias con dificultades de aprendizaje y problemas familiares. También llegaron dos alumnas muy adelantadas para ese grado, que habían desertado el año anterior.

Los chicos se acordaban de sus trabajos grupales, y los nuevos iban adaptándose poco a poco a ese nuestro estilo y aportaban otras experiencias. Parecían conocer al grupo desde siempre, pero traían toda la añoranza de su lugar de origen. Recordaban su casa en Jujuy, en el Chaco, en Santiago, su trabajo en el campo, y todo ese caudal de conocimientos lo fueron incorporando a la tarea cotidiana. Uno de los niños casi no hablaba, pero una vez, al oír la palabra "indio", comenzó a hablar como lo hacían los indios cercanos a su pueblo, en el Chaco, y a explicar las costumbres que él mismo admiraba. A todos nos gustaba aprender de estos chicos, los escuchábamos y les dábamos un lugar. Las niñas, con más edad, ya que habían desertado de la escuela de sus provincias, también encontraron su ubicación en el grado. Colaboraban conmigo o ayudaban a los demás niños en sus tareas; se sentían verdaderamente útiles e integradas, a pesar de tener diez años y estar en segundo grado.

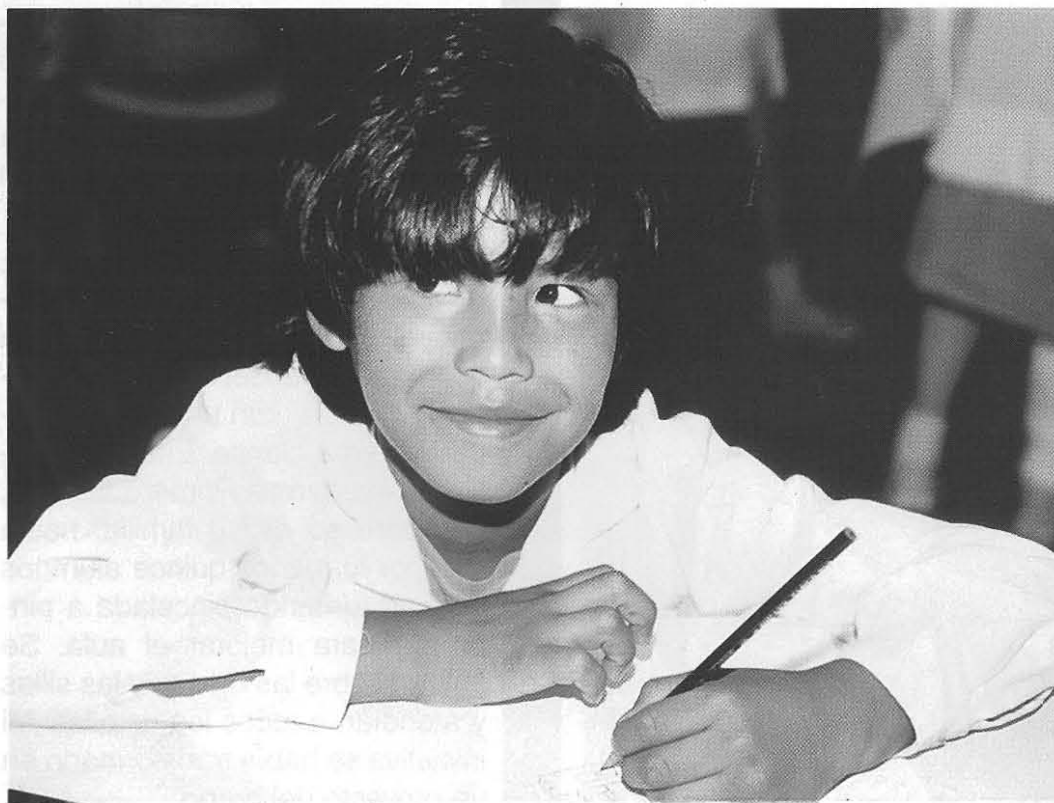


Así como en primero comenzamos el año con los murales, quise empezar segundo pintando y decorando el aula. La clase era la más oscura de la escuela con el color de ladrillos, sin revoque.

Un mediodía, en mi hora libre, me puse a pintar las paredes, como pude. Mis alumnos, desde la ventana, me observaban manchada de pintura, con un gorro de papel y la cara blanca. Entonces quisieron ayudarme. Primero fue uno, con permiso de su familia, hasta que por lo menos quince alumnos se iban turnando pincelada a pincelada para mejorar el aula. Se subían sobre las mesas y las sillas y atendían a todos los detalles. Mi iniciativa se había transformado en un proyecto del grado.

Cuando veían el blanco immaculado de las paredes se sentían orgullosos de su obra. Les preocupaba que ese lugar tal vez no llegara a ser su clase el año próximo, pero yo les explicaba que lo importante era esforzarnos en hacerlo hermoso. Pintamos de rojo los marcos y las puertas, y un tono de alegría puso la firma a nuestra tarea. Logramos hacer del aula un lugar propio y así nos sentimos felices en ella.

Empezamos el curso pidiendo un libro de lectura distinto para que nos ayudase, junto a *Micho 1*, a leer. En la escuela me decían: "*No pueden tener libros estos chicos, no tienen dinero*", pero doce de ellos lo compraron ahorrando moneda sobre moneda. Trajeron "*Páginas para mí- 2*", de Aique Grupo Editor.



También pedían seguir leyendo *con Micho* 1. Lo reclamaban, y el personaje apareció sin llamarlo o imponerlo: les presenté a *Micho* 2. El libro llegó por correo, después de encargarlo a la editorial en Madrid, y lo recibieron con gran entusiasmo.

Las maestras de primero y segundo grado asistimos a un encuentro en el que analizamos el fracaso escolar, y donde nos animaron a variar distintas tareas para mejorar el aprendizaje de la lecto-escritura. Fue de gran ayuda conocer experiencias de distintas escuelas y descubrir otras maneras de enseñar o producir mensajes.

Justamente por las dificultades en escritura que tenían los alumnos comenzamos a plantearnos que produjeran sus propios textos para leer.

Un día les pregunté si se animaban a escribir un cuento, después de mucho tiempo de leerles y contarles historias, dramatizarlas, y de que ellos notaran que me gustaba mucho escribir. La respuesta fue: "*Sí, señorita, vamos a hacer un cuento de Micho*". Y entonces Julia empezó a dar ideas que yo escribía en el pizarrón y siguieron otros niños como si cada uno supiese el argumento. Trabajaron en grupo muchos días sobre el cuento. Lo pasaron en limpio. Unos escribían la primera parte, otros la segunda, mientras otros grupos colaboraban con dibujos.

El título elegido fue: **"Historias para niños"**. Decía así:

Micho se casa con una princesa y lo nombran rey del Paraguay, y tiene hijitos. El hijo de Micho se fue de la casa porque se enojó con el papá porque no le daba dinero para chupetines.

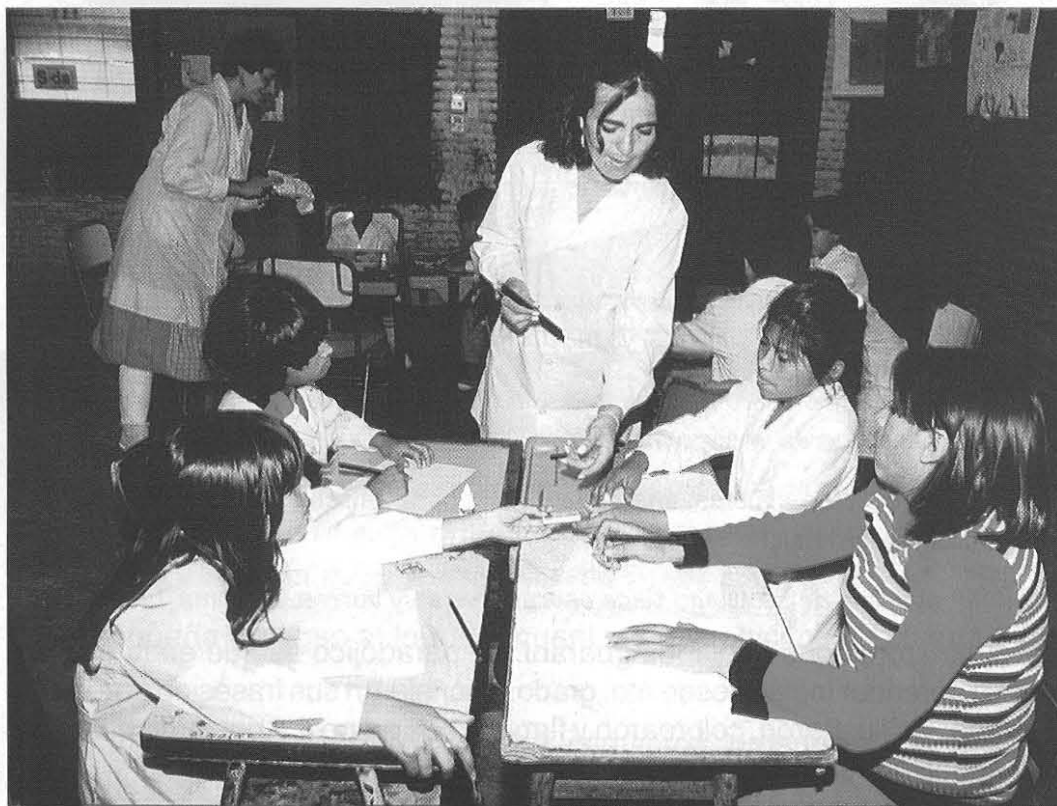
Como se perdió en un bosque, muy temeroso, se hizo amigo de los indios. El creía que los indios eran malos pero no lo eran. Se asustó demasiado. Después de tres días volvió a su casa por el mismo camino que se fue. El indio lo ayudó. Vino contento.

Los padres se pusieron contentos. Desde ese día le empezaron a comprar caramelos a él y a los hermanos.

Hicieron una fiesta, invitaron a otros gatos y a los amigos de la tribu. ¡Qué fiesta de cumpleaños!

¡La fiesta salió linda! Le regalaron una bici, pero andando se cayó. El papá, asustado, lo llevó al Hospital de Infantes para curarlo. Después se curó. ¡¡En el reino de Micho hubo guerra!! Ellos solos se salvaron.

Los indios lo perdonaron porque eran familia de Canelo, el hijo de Micho. Luego vino la paz. Todos festejaron.





Firmaron el cuento con un gran corazón con sus nombres. Les prometí algún día publicarlo, hicimos fotocopias para la biblioteca. Allí los niños de otros grados podían leerlo. Recibieron muchos elogios. Cuando lo leen se los ve orgullosos de haberlo realizado.

Desde ese momento, cuando algo les interesa o conocen algún personaje, le dan un nombre e inventan una historia; hasta los más indiferentes participan activamente.

El día de la familia recordamos historias de las nuestras. Les conté de mis abuelas, les mostré fotos y objetos antiguos. Ellos estaban interesados en lo que les narraba y también empezaron a contar. Hicimos primero un gran mural con frases de sus recuerdos que yo iba escribiendo. Luego las copiaron en los cuadernos y leyeron sus textos:

"Yo tengo mi mamá paraguaya, habla guaraní".

"Mis abuelos vivían en Santiago, tienen una vaca con tres terneros y un caballo".

"Mi abuela, en Jujuy, me acariciaba todos los días al levantarse; siempre nos contaba un cuento a todos, yo me dormía y suspiraba cuando yo le hablaba."

"Mi abuelo misionero siempre me daba plata, aunque no tenía trabajo, me dejó de recuerdo un libro antiguo de Dios."

"Yo tengo tres abuelas, una de Misiones, otra salteña y otra de Paraguay, yo las quiero mucho".

"Mi abuelita de Santiago tiene cabras, ovejas y burros, se llama Tana".

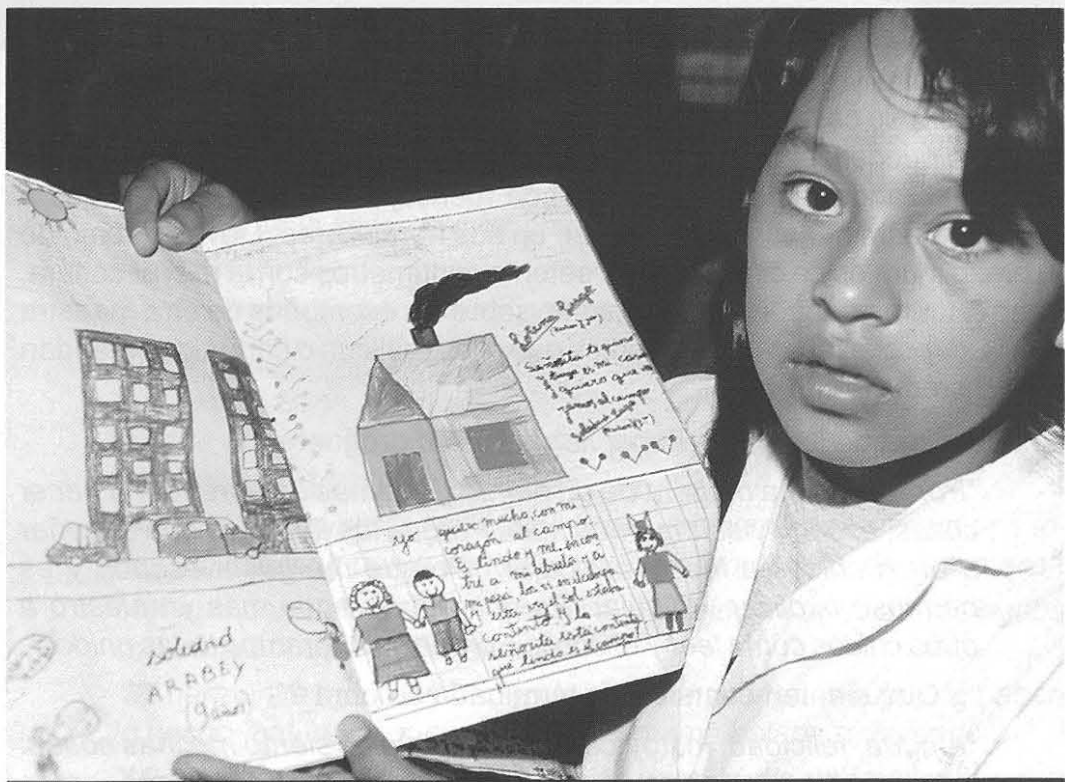
Terminaron todos hablando guaraní. Lo paradójico es que en la escuela deben aprender inglés desde 4to. grado. Escribieron sus frases en una libreta anillada; las ilustraron, colorearon y firmaron en grupo. Le pusieron por título: "Mi abuelita me contó".

Cuando vieron realizada su obra, aplaudieron orgullosos; la directora nos animó a fotocopiar los recuerdos en forma de cuento y llevarlo a la biblioteca.

Los veo con frecuencia leyéndolo o a alguna mamá observándolo en el mural de la clase.

A menudo encuentro en mi escritorio, cartas como ésta: "Ud. cada día pone su voz entre la sonrisa de nosotros, como una luz maravillosa que llegó a mi corazón" Gisela (8 años).

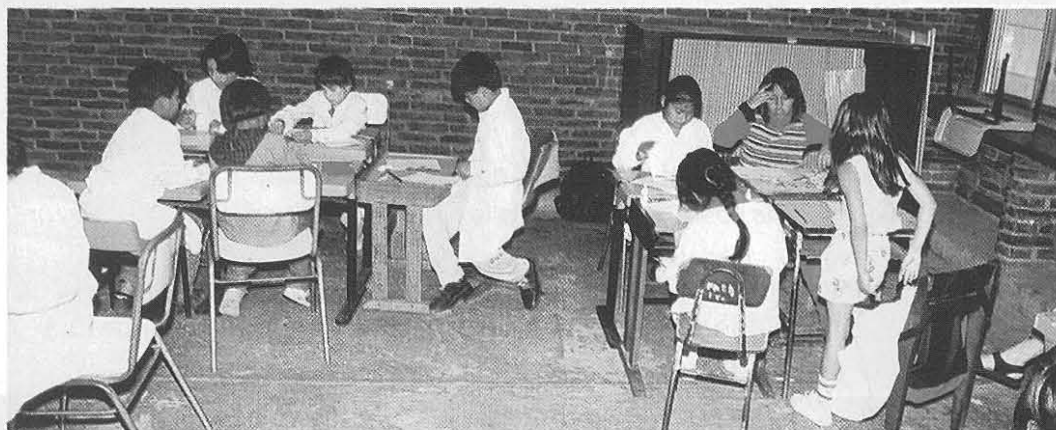
Una de mis alumnas me dió el día del acto de fin de curso una guitarra de cartulina; se había quedado hasta la una de la mañana haciéndola y escribiéndola:



"Un sonido se escapó y volando a vos llegó. Una sonrisa le respondió y, ¡qué alegría!, la recibí yo. Cada vez que mire el cielo en una estrella encontraré su sonrisa. Y en esta guitarra Ud. encontrará el sonido de mi corazón. Entre risas y lágrimas, nuestra amistad nació".

Sí, pequeña - pienso al leerlo -, cuántas cosas hicimos y cuántas aún por hacer.

Hoy los veo más autónomos: producen libros, organizan sus páginas, pegan, ilustran, ponen títulos.



Yo los miro y me sorprendo cuando me piden llevarse los libros de la biblioteca a su casa, intercambiarlos o esconderlos en el comedor - ya que allí no se puede leer - para hacerlo en el recreo largo. Me asombro cuando están realizando murales, *collages* con mensajes y me piden llevarlos a casa para terminarlos y entretenerse en sus horas libres. Llevan debajo de su brazo murales de cincuenta por setenta centímetros con la mayor soltura, como si fueran pequeños. De repente, sobre los escritorios de otra maestra o en la dirección aparecen cuadritos que ellos realizan o cartas que mandan con su propia iniciativa.

"¿ Porqué les gusta hacer libros ? ", les pregunto.

"Porque es una manera de divertirse y además de aprender a hacer cosas, escribir y esforzarnos más. Porque les tenemos que enseñar a otros chicos a leer y a dibujar. Porque me gusta escribir y es hermoso explicar y dibujar. Porque así aprendo más y muestro a otros chicos cómo leer y escribir. Porque colaboramos todos unidos".

"¿ Qué sienten cuando ven terminada su obra ? "

"Alegría, felicidad; estoy contenta, muy feliz, siento muchas cosas: que quiero hacer obras, que quiero inventar cada día más, amor, pienso en leer todo, que somos grandes".

"¿ Porqué eligen leer en horas y momentos libres ? "

"Porque estoy aburrido".

"Me gustan las historias porque me ayudan a leer mejor y a pasar de grado".

"Me encanta leer".

"Quiero aprender a leer mejor".

"Cuando estoy en clase leo también y así leo más tranquila y nadie me apura".



Todos los días sigo escuchando cosas terribles:

"Señorita, anoche se inundó mi casa, teníamos los pies en el agua, nos subimos todos a la cama".

"A mi mamá la llevaron ayer en ambulancia, mi papá le tiró una botella de aceite".

"Mi papá estaba borracho y nos pegó a todos".

"Señorita, mi mamá se fue de casa, no sé cuando va a volver".

"Mi mamá tiene miedo por la noche, en el barrio de bajo fondo porque una vez la quisieron violar, por eso vamos a dormir, cuando podemos, a la casa de mi tía".

"Anoche no teníamos nada para cenar, mi mamá nos hizo un té a todos; hoy se va a poner contenta porque llevo comida de la escuela".

"Ayer mi papá me pegó con cables. En Jujuy mi abuela me pegaba con un rebenque de caballos".

"Mi hermanita murió de frío, yo la cuidaba y tengo la culpa de haberlo hecho mal, no vi que se moría, mi mamá estaba trabajando".

"Mi mamá perdió el bebé porque mi papá le dio una paliza".

"Mi padrastro me pegó, me hizo moretones, no se lo diga nunca".

A pesar de esta angustiosa realidad, descubrí que algo podemos intentar. Sé que los niños regresan a sus casas más contentos, porque durante las horas de clase pudieron jugar, aprender, crear, soñar.

Aunque el medio no los ayude y les sea difícil resolver sus dificultades, al menos están aprendiendo que son capaces, que tiene mucho valor lo que ellos pueden realizar y que día a día mejoran.

Cuando llego a la escuela a veces me reciben por el camino de árboles altos con un ramo de flores silvestres recién recogidas y con una sonrisa que logran contagiarme.

La escuela de la villa, ¿quién la quiere?... Yo la quiero.

Cuando observo a mi alrededor cómo me ofrecen ideas, con hojas en blanco, proyectos con cajas de cartón que se convertirán en algo más, las manos llenas de colores que mezclan y descubren nuevos tonos, sus ojos y oídos prestos a aprender de cada uno que descubren, y su mente dispuesta a compartir, con su letra pequeña, pensamientos que están empezando a nacer y desean transmitir. Mis pequeños escritores de Retiro, los llamo, y entre todos hacemos más. Miro alrededor de la clase y veo muchos colores, colaboraciones y expresiones libres de mis alumnos, y acuden de otras aulas a observar aquello que exponemos con sencillez en un salón pobre, humilde, ¡ pero lleno de luz y amor !

Allí trabajamos cada uno con su posibilidad y con el fruto de nuestro trabajo nos comunicamos con los demás.

Cuando vivo todo esto, recuerdo a Enrique Pichón Rivière : "La creación es el mejor antídoto contra la enfermedad mental. La creación es la aspirina contra la posible locura; es una acción profiláctica".

Trataré de seguir fomentándola en el aula con todas mis posibilidades.

